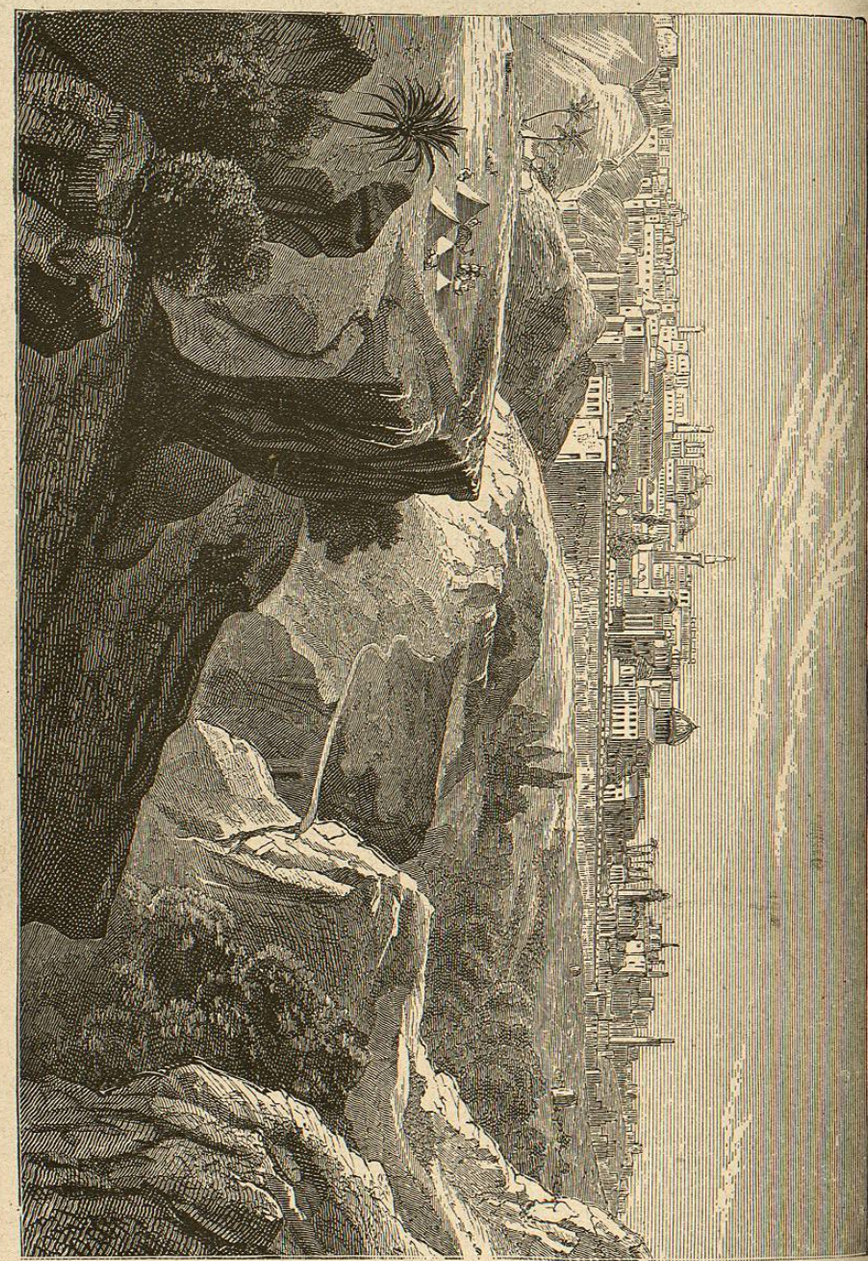

VISTA ACTUAL DE JERUSALÉN

CAPÍTULO II

EL SANTO SEPULCRO.—LOS GEMIDOS DEL VIERNES

I

La Santa Ciudad.—Casa Nova.

Nada en este mundo sería capaz de producir el efecto de esta primera y lejana aparición de la Ciudad Santa sobre el peregrino creyente; su alma recibe de ella como un desvanecimiento divino. Pero á este transporte celestial sucede repentinamente un tristísimo desengaño. Al acercarse, en efecto, á Jerusalén, se ve por de pronto que su entrada no tiene aquella magnificencia y grandeza que comúnmente se la concede. Construcciones nuevas, iglesias rústicas, colonias judías, hospitales, escuelas y quintas de recreo, cubriendo aquella campiña, desierta en otro tiempo, y forman una ciudad ordinaria al lado de la ideal. Antes de la puerta de Jafa hay unos terrenos baldíos llenos de escombros, formando un extenso parador, en donde se reunen todos los carruajes y cabalgaduras del país, y en confusa mezcolanza una grande tropa de camelleros de Siria y beduinos del desierto. Más allá (de la otra parte), hay un feo arrabal provisto de cafés, tiendas y diminutos comercios, reñidos con la grandeza de los lugares. Para olvidar la desagradable impresión que esta vista de lo moderno produce allí en el ánimo del peregrino, no se necesita menos que aquellas calles solitarias y envueltas en sombra que hay que atravesar en seguida. Estas calles conducen á Casa Nova, célebre hospicio de los Padres Franciscanos, el más completo y mejor montado de todos los que tiene la Custodia en Tierra Santa. En él encuentra el peregrino, para recibirle, mejor que amigos, hermanos, y para

reparar sus desfallecidas fuerzas, todo el confort europeo reunido allí por un continuo milagro de la caridad.

Quedamos encantados al entrar en el departamento que se nos tenía reservado. Era pequeño, pero extremadamente alegre, limpio, fresco y bien amueblado. En las camas había suspendidas elegantes cortinas de tul de muy cerrada malla, destinadas á proteger el sueño del viajero contra los abominables mosquitos, allí tan numerosos y crueles. Entraba la luz por una puerta con vidrieras, adornada de persianas verdes, que da sobre un patio cuadrado y desde la que se goza de un admirable panorama que se extiende desde la Torre de David hasta las azuladas montañas de Moab. Debajo hay un jardín en miniatura, lleno de verdor y de flores, flores vivaces y fragantes, tales como se encuentran en Oriente. Era ya tarde, y no pudimos soñar en salir aquel día.

Obligados á reprimir hasta el siguiente nuestra curiosidad tan fuertemente despertada, pedimos que se nos permitiese al menos subir al terrado del Hospicio. Desde él pudimos abarcar de una sola ojeada y en un imponente conjunto, aquella Jerusalén tan deseada por la que habíamos desafiado tantas fatigas y dificultades, y que, siempre presente en nuestro espíritu, en nuestros estudios y en nuestros proyectos, era desde largo tiempo la patria de nuestras almas. Se nos ofreció como una gran ciudad, con sus murallas y sus torres, sus iglesias, sus mezquitas, sus sinagogas y las pequeñas y blancas cúpulas de sus casas amontonadas unas sobre otras. En el centro distinguíamos la cúpula del Santo Sepulcro; al Oriente la más elegante y más elevada de la mezquita de Omar, la cima del monte de los Olivos entremezclada de verdor, y la larga cadena de los montes arábigos, tan unida, tan igual, tan azulada, tan transparente, que parecía un mar de azur. Al lado opuesto se eleva el monte Sión y la torre de David, que sirve de ciudadela y domina con las torres de Hippicus y de Margamna, el conjunto de las fortificaciones de la puerta de Jafa y de las murallas; muy cerca de nosotros estaba también la iglesia de San Salvador y su triunfante campanario; á lo lejos, la campiña y caminos pintorescos que conducen á Belén. Apoyados sobre la plataforma, dejábamos errar nuestras miradas á la ventura sobre los almenados muros, las cúpulas, los terrados y las casas de

la misteriosa ciudad, sobre sus desnudas y áridas colinas cubiertas aquí y allá de sepulcros blanqueados. Entregándonos por completo á las extrañas sensaciones que este espectáculo despierta, nos sentíamos poco á poco como invadidos por una profunda melancolía que no quitaba, sin embargo, el sentimiento de una dulce é indecible consolación. Esta mezcla de gozo y de tristeza, de terror y de confianza, es precisamente lo que forma lo patético, lo sublime de la primera vista de Jerusalén. Aquel que no lo ha experimentado no puede en manera alguna formarse una idea adecuada de ello. Paréceme á mí que esta profunda conmoción es una recompensa que Dios tiene reservada á los que visitan debidamente su ciudad privilegiada y elegida.

El panorama que teníamos á la vista estaba iluminado por los rayos del sol poniente. He visto pocas perspectivas tan hermosas, y no conozco ninguna tan atractiva. No dejamos el terrado hasta que las cimas de los olivos se perdieron en la obscuridad, y la noche vino á borrar el sorprendente cuadro que había cautivado tan dulcemente nuestra atención por espacio de una hora.

La campana había tocado á cenar, y nos dirigimos al refectorio común, vasta sala llena de sombra y de frescura, y adornada de frescos debidos al pincel de un modesto religioso del convento de San Salvador. Poco á poco se fué llenando la mesa de convidados. Los había de todos los países: de Francia, de España, de Italia, del Brasil y de las Indias. Conversamos por largo tiempo con un misionero irlandés que llegaba del Afghanistán. Me gusta siempre encontrarme con estos hombres extraordinarios y heroicos: el conmovedor y verídico relato de sus viajes, lleno de colorido local y de novedad, me arrebata; me gusta esta historia tan simplemente referida de sus sorpresas, de sus trabajos, de sus fatigas, de sus pesares, de sus tribulaciones y de sus consuelos sobrehumanos, que suavizan y dulcifican las ansiedades de su duro y peligroso apostolado.

—Señor Abad—dije al sacerdote que se hallaba enfrente de nosotros—bien ha merecido V. el venir á descansar á una tierra civilizada, pues supongo que se habrá despedido para siempre de las inhospitalarias regiones de la India.

—No—me respondió con fuego;—no he abandonado el Afgha-

nistán, sino para reavivar mi fe y mi valor en la tumba de Cristo. De Jerusalén voy á Roma á prosternarme ante los piés del Santo Padre: de Roma iré á Irlanda para volver á contemplar el techo paterno y dar el último abrazo á mi querida madre, á quien no volveré más á ver. Se me había ofrecido la dirección de un Colegio eclesiástico en Dublín; ¿pero qué vendría á ser de mí, ó que haría yo sin mis pobres indios? Ciertamente que sería muy desgraciado.

La conversación estaba muy animada en todos los puntos de la mesa, y una dulce alegría se reflejaba en todos los semblantes. En el momento mismo en que se nos servía el café, el Padre Presidente vino á sentarse en medio de nosotros, y su presencia acabó de dar á la asamblea un carácter de reunión de familia. ¡Oh! que encantadores son—me decía yo—estos agapes Franciscanos en los que reinan una simplicidad y cordialidad desconocidas en el mundo, y en donde manos fraternales os distribuyen el pan bendito de la caridad. Creo yo que todos se levantan de la mesa con estos sentimientos, y van á tomar un reposo que la fatiga y las emociones del día han hecho tan necesario.

II

El Atrio.—Santa María Egipciaca.

¡Qué deliciosos sentimientos de felicidad ocasiona un primer despertamiento de la Ciudad Santa! ¿Estamos verdaderamente en Jerusalén—nos preguntábamos—ó es solamente un sueño?... Esta idea revolvía todas nuestras facultades, cuando Fr. Liévin llamó á nuestra puerta: venía á proponernos la primera visita al Santo Sepulcro, ¡la suprema, la irresistible atracción para el peregrino! Sin cesar de caminar, escuchábamos atentamente sus interesantes narraciones, que no pueden menos de ser provechosas, atendiendo al íntimo y práctico conocimiento que tiene de los lugares, á la experiencia de treinta años de incesantes excursiones y á sus profundos y prolongados estudios sobre la materia. ¿Qué problema de lo pasado no ha sondeado y resuelto?... De cada piedra hace saltar un hecho, un recuerdo, una tradición, una enseñanza. La historia no le es menos

familiar que la leyenda, y os la refiere con una generosidad que jamás calcula.

Entre tanto, llegamos al atrio del Santo Sepulcro, en donde algunas bajas columnas señalan los restos del antiguo pórtico que conducía á la basílica. Bajamos después á una plaza cuadrada, de unos veinte metros de lado, empedrada con anchas y amarillentas piedras y encerrada por dos de sus costados con edificios griegos y armenios. ¡Cuántas veces aquellas grandes losas, sobre las cuales ostentan los mercaderes sus pequeñas industrias, cruces, rosarios, imágenes rusas y bujerías de Hebrón, han visto correr la sangre cristiana!

—Mirad—nos dijo Fr. Liévin—la señal de esos dos piés, pues es el lugar donde fué martirizada la bienaventurada María de Portugal. Esta amantísima hija de San Francisco, habiendo venido en peregrinación al Sepulcro del Salvador, fué asaltada por los mahometanos, clavada á una cruz y en seguida quemada viva. Unos cuantos pasos más lejos inmoló igualmente el fanatismo musulmán dos de nuestros religiosos legos, Fr. Junípero y Fr. Cosimo.

Nos llevó en seguida al pequeño oratorio de Santa María Egipciaca, cuya leyenda es sumamente curiosa. Aquí mismo fué en donde se convirtió. Manchada aún con sus vicios, intentó un día penetrar en el Calvario; pero fué rechazada por una mano invisible. Llena de estupor, conoció claramente cuán indigna era de penetrar en el lugar santo, y sólo cuando se arrepintió, como la Magdalena, y quebrantó su corazón con los remordimientos y el dolor, pudo entrar con los demás fieles y arrojarse humilde á los piés de la santa Cruz.

Saliendo de esta capilla examinamos la fachada de la basílica, construida por los cruzados. Sin ser imponente, atrae, sin embargo, las miradas por la elegancia y riqueza de sus esculturas. Los floridos é historiados arcos de dos puertas, una de las cuales está tapiada, se apoyan sobre haces de un mármol azulado extremadamente precioso. Los capiteles de estas columnitas concuerdan perfectamente con los arcos de las puertas, y el encuadramiento de las ventanas con un arte de una delicadeza infinita.

III

La piedra de la Unción.—La capilla del Angel.—El Santo Sepulcro.—La gruta de Santa Elena.

Franqueamos la entrada, custodiada por dos turcos, y fuimos inmediatamente á postrarnos de rodillas junto á la piedra de la Unción, que atrae á su paso todos los peregrinos, sea cualquiera el rito á que pertenezcan. Este santuario, colocado en el suelo y rodeado de lámparas de alabastro, es verdaderamente original, y no hemos visto cosa alguna que le sea comparable. Todo lo que le guarnece, todo lo que le rodea, no es menos extraño. ¿Es este un edificio ó un colosal relicario? Tal es la cuestión que se puede proponer con motivo de esta inmensa Basílica, en donde parece que falta toda idea de arquitectura. No se ve en ella sino una confusión de colores, de escaleras, de puertas, de capillas, de habitaciones monacales; los atrios están cubiertos de antiguas tapicerías, de iluminaciones rusas, de pinturas sobre fondo de oro que reflejan la luz de las lámparas suspendidas en todas partes. A esto se añade una luz dudosa, una penumbra favorable á la piedad y al recogimiento.

Volviendo á la izquierda bajo sombrías bóvedas, nos encontramos en el centro de la Basílica, en frente de una especie de casita de mármol amarillo cubierta de pinturas orientales y terminada por una pequeña cúpula bajo la grande del templo que la ilumina: es el Sepulcro de Nuestro Señor. Para entrar en él, hay que pasar por la capilla del Angel, en donde se venera un fragmento de la roca sobre que estaba sentado el mensajero celestial cuando las santas mujeres fueron á embalsamar el cuerpo de Jesús. En seguida, por una pequeña puerta de mármol festoneado, enguirnaldada, y en cuyo tímpano aparece la figura del Salvador resucitado y rodeado de ángeles, se penetra en la segunda cámara, más estrecha que la anterior, en la que se encierra el Santo Sepulcro, resplandeciente sobremanera con la luz de los cirios, de las velas, de las arañas y de las cuarenta y tres lámparas suspendidas de la bóveda.

No hay lengua humana que pueda expresar debidamente lo que se experimenta en este lugar augusto, que encierra un te-

soro mayor que todos los bienes de la tierra, una piedra más preciosa que el diamante. Este sepulcro vacío y cerrado, de donde han salido la vida y la luz, os ilusiona. Parece que el mármol de que está cubierto va á romperse para dejar ver á Jesús, no ya en el estado á que lo habían reducido sus tormentos y la muerte, sino vivo y glorioso, diciendo con su voz divina: «No temáis; he vencido al mundo y á la muerte, y ésta no tendrá más aguijón.»

Alrededor del monumento sagrado se oprime, ondula la multitud de los peregrinos. Oran, lloran, se postran sobre el pavimento, pasan sus manos por los muros como para recoger de ellos la santidad, gastan los mismos mármoles con la repetición y vehemencia de sus besos...

Aquí se dan cita todos los pueblos del mundo; todas las razas humanas se encuentran; se entremezclan todas las costumbres del globo; se hablan todas las lenguas y resuenan en una común oración que no cesa ni de día ni de noche. Continuando nuestra visita, fuimos á arrodillarnos á aquellas capillas obscuras, á aquellos rincones misteriosos, cada uno de los cuales recuerda un oprobio, un tormento, una pena, una angustia de Jesús, y que reunidos forman una corona de espinas alrededor del glorioso Sepulcro.

De la gruta de Santa Elena y de la antigua cisterna en que se encontró el madero adorable de la santa Cruz, subimos al piso de la Basílica y desde allí al Calvario. ¡Ay! La impresión que en nosotros produjo no correspondió á nuestras esperanzas. Buscamos en vano su forma primitiva, su antiguo horror, y el valle de los cadáveres y de las cenizas que se extendía á sus piés: todo esto desapareció... Fr. Liévin, testigo de nuestra desfavorable impresión, nos dijo: «Santa Elena transformó completamente el terreno: cortó los flancos de la colina y separó el Calvario del Sepulcro á fin de poder reunir en una sola Basílica todos los sitios santificados por la muerte y sepultura de Cristo.»

Sus intenciones fueron piadosas sin duda alguna; más no por eso dejó de alterar de una manera sensible la fisonomía de un lugar que hubiera sido tan consolador para los cristianos de todos los siglos el poderlo venerar tal como se encontraba en el momento mismo de la muerte de Cristo.

IV

La montaña de la Redención.—La capilla de Adán.

La montaña de la Redención está hoy en día cubierta enteramente por una bóveda. De esta bóveda están suspendidas multitud de lámparas de todas dimensiones y de todos los colores, cuyas luces semejan una lluvia de estrellas. Entre estos resplandores se destaca, sobre fondo de plata, la cruz griega que lleva el Salvador en medio de su Santísima Madre y el amado discípulo, ambos vestidos de argentados trajes; todo alrededor las aureolas floridas con piedras preciosas, el candelero de siete brazos y el relicario de oro al pié de la Cruz... Pero estas magnificencias os dejan indiferente y pasan casi desapercibidas; ¡tan preocupado está el espíritu y tan enternecido y embargado el corazón con el recuerdo de la aterradora escena que ensangrentó aquel lugar hace luego diez y nueve siglos! Está uno allí poseído de un santo terror y espanto, al considerar que se pisa la misma tierra que bebió la sangre de Cristo, que se está sobre el Gólgota, en donde fué plantado el árbol de la Cruz, en donde Jesús expiró, en donde las duras rocas se abrieron recogiendo su último aliento y donde el sol, por piedad para con su Autor, por horror del crimen de los hombres, veló sus resplandecientes rayos y obscureció su luz... ¡Qué drama! ¡Qué espanto!... ¡El pueblo guarda silencio, el Centurión se golpea el pecho de dolor, Longinos se convierte, un espíritu de conpunción se extiende por el Calvario; se hacen las paces entre Dios y el hombre prevaricador; quedan abolidos para siempre los sacrificios de la ley mosaica; urge una ley nueva que no hablará sino de esperanza y de amor!...

Después de haber suplicado al Divino Salvador que se dignase aceptar el sacrificio de nuestras almas rescatadas con el precio infinito de su sangre, descendimos del Gólgota y entramos en la capilla de Adán. ¡Cuántos recuerdos, cuántos restos de lo pasado se han acumulado en esta sombría gruta! ¿En qué otro lugar del mundo se hallarían reunidos? Vimos á la entrada los sepulcros del ilustre Godofredo de Bouillon y de Balduino I, destruidos ¡ay! por el fanatismo de los griegos; en seguida, la piedra sobre la que, en tiempo de los cruzados, celebraba el clero católico el santo sacrificio de la Misa por los difuntos y el Cenotafio de Melquisedec, ó al menos el rótulo ó señal que indica el lugar de la sepultura del fundador de Jerusalén.

Refiere la tradición que este gran patriarca, pontífice y rey á la vez, recibió de los hijos de Noé la cabeza de Adán, que la llevó consigo como preciosa herencia cuando vino á fundar á Salén y que la sepultó en lo bajo de la colina en donde debía elevarse la Cruz del Salvador. Cuando expiró Jesús, la violencia del sacudimiento de la tierra hizo que chocasen y estallasen hasta las más duras rocas. La del Calvario se rasgó como un pedazo de tela; la hendidura se hizo de alto á bajo y atravesó la excavación en que se hallaba el cráneo de Adán, de tal suerte, que la sangre del Salvador corrió sobre la cabeza del primer culpable como para borrar más directamente en él la falta original fuente de todas las culpas y desdichas de sus desgraciados descendientes. Esta abertura, siempre existente, siempre visible, se extiende á una profundidad incalculable, y ofrece uno de los espectáculos más conmovedores del Calvario, tanto más, cuanto que se halla practicada transversalmente y contra todas las leyes de la naturaleza. Su carácter milagroso bastó para convertir al catolicismo á un sabio inglés que fué á visitar los Santos Lugares con carácter de curioso y de geólogo.

V

El toque fúnebre.—El Pretorio.—La Vía dolorosa.

Cada viernes, el toque fúnebre que parte de la iglesia del Santo Sepulcro, hace estremecer de espanto los ecos todos de la ciudad deicida, é invita á los fieles al recuerdo del sacrificio más grande que han presenciado los siglos. Los Franciscanos, con los piés desnudos, la cabeza descubierta, desafiando el implacable sol y las nubes de molesto polvo, salen de su convento precedidos del genízaro con *maza* de plata y encorvado sable. Atraviesan la ciudad y descienden al lugar de la primera Estación, que es el antiguo palacio de Pilatos, transformado